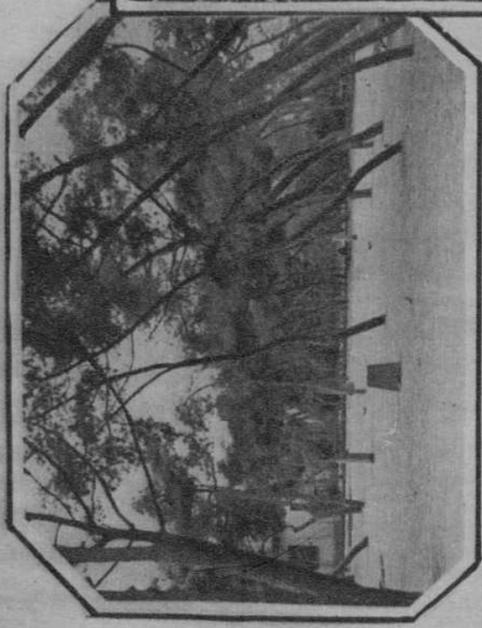


EL PARQUÉ DE LA CIUDADELA

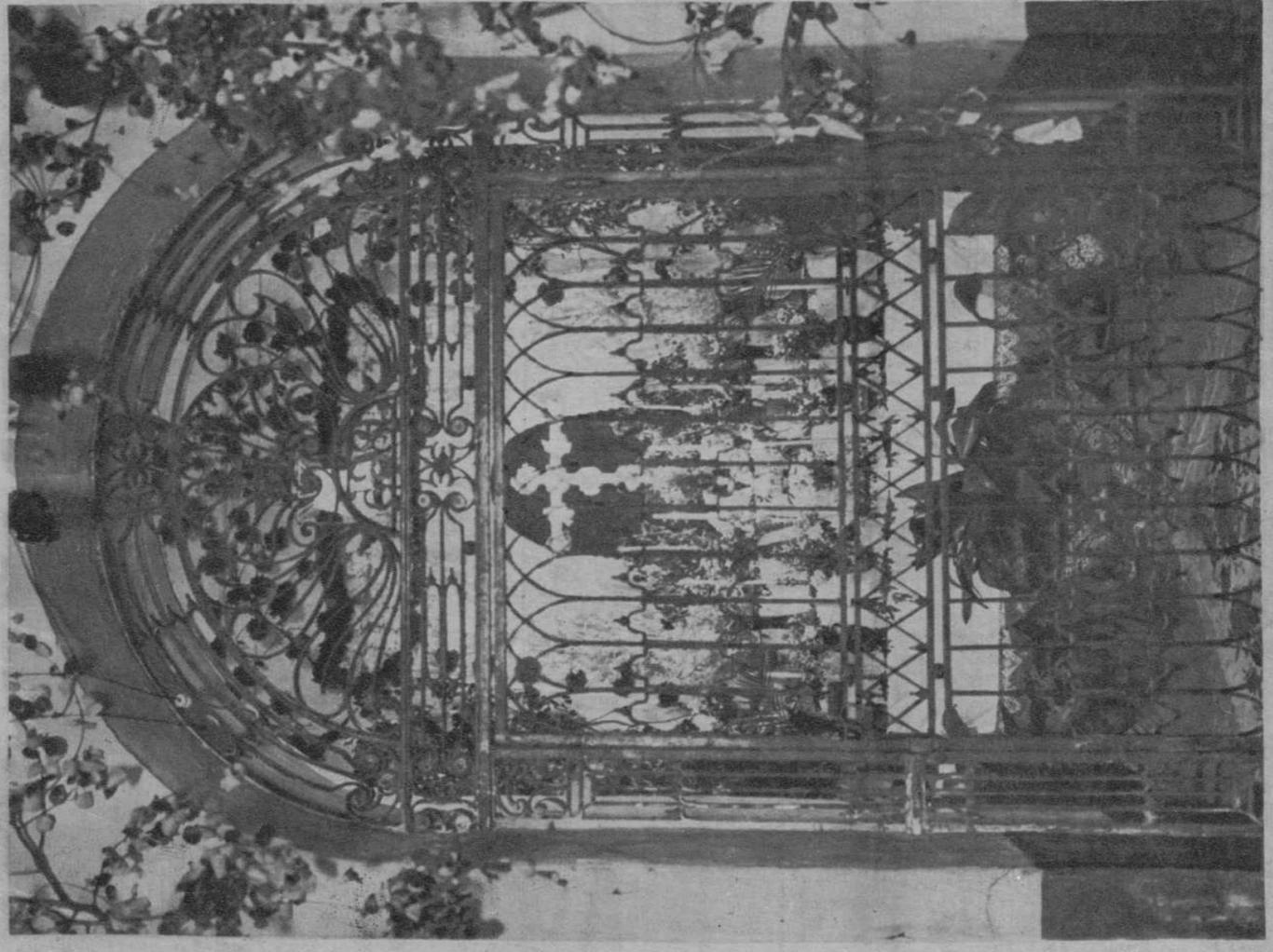


VIEJO Y TODO, CONSERVA AUN  
PERSPECTIVAS HERMOSAS Y LU-  
GARES DE ATRAENTE BELLEZA.  
(FOTOS VILALTA)

MIAMI  
1941

PAGINAS  
EXTRAORDINARIAS  
DE  
El Dia Grafico

JUNIO  
1941



LAS CRUCES DE MAYO. UNA TIPICA CRUZ EN TRIANA  
(Fot. Carmona)



FIRMAS NUEVAS

POETAS Y ESCRITORES NOVELES

EL PUERTO ESTAS NOCHES

(DESDE LA ESCOLLERA)

Ya es tarde: la Noch.

llena de misterio,

y, bajo su imperio,

por tantos amado,

la Ciudad suspira

tan calladamente,

que parece ahora,

para quien la mira,

la bella durmiente

del bosque encantado.

Felices se funden

en las temblorosas

aguas de su puerto,

las luces preciosas

que en el cielo juegan,

con las de los faros;

los faros gigantes

que el camino cierto

muestran, sin reparos,

a los navegantes

que de lejos llegan.

Las otras que brillan

en todo el paseo,

sin duda, movidas

de un alto deseo,

desco patente

de ser como estrellas

un solo momento,

sumidas confundidas

se ven entre ellas,

logrando su intento

aparentemente.

Y el puerto, en conjunto,

su prado parece

en el que, pomposo,

la flora se mece

más exuberante,

más varia y más bella

que han visto mis ojos;

pues es cada estrella

en él una rosa,

y los faros rojos,

tilos de diamante.

Juan Clemente GARRES

Barcelona, 23-5-1929.



—Eres muy inteligente, chico.

—¿Por qué?

—Porque te he preguntado qué era el oro y no has contestado.

—Nadie hubiera dicho tan justamente lo en el silencio.



—Oye, niño: ¿Cómo se llama este río?

—¡Parece mentira que a sus años no sepa Geografía!

ACROSTICO

Pilar de mis ensueños ideales,

incienso de mi triste vida,

labios rojos, en ellos mi alma herida,

apagar quisiera la fiebre de sus males.

Reina de mi penosa existencia,

busco en ti la bienhechora calma;

acércate, mi bien, y deja en mi alma

huellas de tu más fragante esencia.

Impresa tu imagen en mi corazón palpita,

lacerado por los celos, gimiendo desventura,

Librame ya de esta cruel tortura,

o viviré muriendo de pena infinita.

Enrique RABELLA

24-4-29.



—Pero, ¿por qué lloras?

—Porque ayer te miraba mi hermana y te cortaste, y hoy que te miro yo no lo has querido hacer.

GREGUERIAS

Su único amigo era el molinero; todas las

mañanas, al marchar al campo, le parecía

que con sus brazos gigantes le decía

"Adiós", con insistencia.

Los jugadores de tenis, parece que, en

vez de jugar una partida, de lo que tienen

empeño, es en ver quién será el primero en

hacer pasar la pelota por los agujeros de

la raqueta.

E. SOLER GODES

o oyó a lo lejos el canto monótono del

cucú...

Teresa contó atenta, y dijo, con una sou-

risa forzada:

—Cuarenta... me faltan dos para morir...

Ti Dolores preguntó:

—¿Qué hora será...

Tío Antonio salió al corral y alzó la ca-

beza un rato a las estrellas.

—Deben de ser las once y media.

Habo un largo silencio en la estancia

cuando, de pronto, partió del corral un si-

seo prolongado que nos hizo mirarnos,

desazonados, unos a otros...

Calló...

Al poco rato se oyó de nuevo. Esta vez,

más fuerte e insistente... ¿De dónde par-

tía?... Silencio, otra vez... Esperamos ad-

hesantes...

Sonó una vez más, casi junto a nos-

otros...

Angustia contenida... De súbito, un fuer-

te atleto, y un pajaraco obscuro pasó ro-

zando el dintel de la puerta del corral...

Era una lechuga.

—¡Pos no somos miedosos!... ¡Y no caer

yo en lo que era!...

Pero al decir esto, tío Antonio quedó en

pie, en suspenso, escuchando...

A lo lejos se oyó el gemido del viento

entre los árboles... Un ulular que fué poco

a poco acercándose, cada vez más intenso.

La puerta del corral se cerró con impetu,

de pronto, y la de la casa, que daba a la era,

quedó largo rato batiendo con golpes cada

vez más débiles, hasta terminar en gemi-

dos...

¿Qué estudias ahora?

(Por «PEPA DONCELS Y «MARIA SOL»)

NOTA  
PICIO

(Las soluciones, en el número del martes)

Soluciones a los pasatiempos interva-

lados en el número de ayer:

En algunas casas: Ascensor.

En el cocinero: Abatasa.

Acuse de recibo

Cine.—Ya ve usted que su pasatiempo no

ha sido, precisamente, el canto del cisne,

puesto que con él sigue usted viviendo como

estimadísimo colaborador de esta sección.

Laura Masip.—Me asalta la terrible duda

de que su charrada de hoy ya la he publica-

do. Pero como por mucho trigo nunca es mal

añar, allá va. Y es que ustedes no se lo que-

ren creer, pero tengo un ilo de pasatiempos

como para arrepentirme de haber iniciado es-

ta sección. Y claro que no me arrepiento,

pero el día que me decida a ponerlos por or-

den, voy a tener un trabajo espantoso.

José Apolito.—No me hacen feliz las ar-

jetas, conforme creo haber dicho "un por-

ción" de veces. Pero ahí tiene usted la suya.

Para que vea.

Monsi Estev.—Ya no está muy bien que

digamos eso de que en la prenda de su suzer

quiera usted el dote; pero la forma poética

que utiliza para declararlo, está muchísimo

peor. Por lo cual le aseguro a usted formal-

mente que mientras yo aliente sobre la faz

del mundo no verá publicada su charrada en

esta honorable paginita.

Jagite.—Si, claro, se lo suplico.

Juan Valero.—Las tarjetas deben estar for-

madas por palabras que signifiquen alguna

cosa. Dolera Salas Pigrase no quiere de-

cir nada, ni aquí ni en Villanueva de Alpi-

ca, provincia de Lérida. ¡Así, también haría

yo, tarjetas!

«Ape».—Usted me perdonará que respete

la memoria de ese caballero, dejando en paz

a su cabeza, que no tiene la culpa de nada.

(Me alegro mucho de publicarle su pasa-

tiempo.)

Siso Villá.—Siga usted lanzándose cosas;

ya ve que se las publico.

Guillermo de Miquel.—Querido Guille-

mo: el plato del día, es bastante apetitoso y

por eso lo sirvo. Lo que no sirvo, ni ser-

Para bebé

(Por SIXTO VILA)

Perro  
TROZO DE  
MADERA

Para ganar el pan

(Por J. S. V. DE L. F.)

TR

Cultura física

(Por JAGETE)

d X T t t

¿Qué profesión tiene tu novio?

(Por «EL»)

EE  
NOTA  
M

HUELLA

Tarjeta

(Por JAVIER AGULLO)

Felipe Cantón Bica  
CERVERA

Combinar las precedentes letras de modo que formen el nombre y apellidos de un futbolista español y del club a que pertenece.

Charada

(Por LAURA MASIP)

Prima, es sitio concurrido;

dos, consonante será;

tres-cuarto, tela ordinaria,

y el todo, bella ciudad.

Refrán

(Por «CISNE»)

Verdura  
Verdura  
Verdura

De la circunferencia

(Por JOSE SERRA)

Espacio de tiempo  
Util para medir

¿Cómo tienes el trabajo?

(Por GRANADINO)

AA  
Nota

¿Falta mucho para terminar el campeonato?

(Por A. NAVASE)

U  
N

¿Cómo comes?

(Por MIGUEL GRAU AYOR)

¿...? ¿...??

Plato del día

(Por GUILLERMO DE MIGUELLET)

Penetra BLANCO  
Minerales  
Astilla resinosa

2

# DEL FIN DE SIGLO La abeja y el zángano

A las 12 después de 5 o 6 horas de haber, entre puntada y puntada, desollado a media humanidad, con su charla, suspiros en su trabajo las modistillas, dirigiéndose a sus hogares.

Salían con su faz radiante, sin pizca de artificio, luciendo su tersa piel, sus frescos y sonrosados labios, vírgenes del carminero lapiz. Y graciosamente envueltas con sus mantones, prendido con gracia el pañuelo que aprisionaba su cabeza, como queriendo ocultar la hermosura de su elegante y modesto peinado, levantando coquetamente el volante de sus vestidos, que servía de pomposo marco a su diminuto pie.

Su animada conversación, era tan atractiva, tan llena de encanto juvenil, que parecía encerrar un paraiso de ventura, más el que estaba en el secreto subita, que una felicidad de 5 o 6 reales diarios, era muy efímera, y en aquella al parecer satisfecha sonrisa, adivinaba un acervo sarcástico, un sutil reproche, dirigido a aquella dura sociedad, que en tan poco tenía, a la noble clase del trabajo que comía de veras, el pan amasado con el sudor de su frente.

Del mismo modo que las moscas acuden a la miel, y los abejorros que susurran en torno de las flores, numeroso grupo de zánganos de aquella sociedad, acudían solícitos. Eran ya pisaverdes, cuya única ocupación consistía en acicalarse y en enamorar a la ligera o bien viejos cargados de años y dinero, incapaces de socorrer ni ayudar a nadie, pero dispuestos a derrochar su fortuna para satisfacer sus impudicos caprichos.

Pocas eran las que daban crédito a sus mentidas frases y las más de ellas, preferían un joven compañero, que ostentando brusa, fuera digno de compartir su modesto destino, contestando alegres a las sonrisas burlescas, de algunas de sus compañeras más ligeras de cascos, que si habían caso de aquellas engañadas ilusiones, cuando al fin llegaba el resaca fatal de su ligereza, entonces tenían que sufrir las sáfnas y chanzonetas de las que no les perdonaban, el orgullo de haber despreciado su clase.

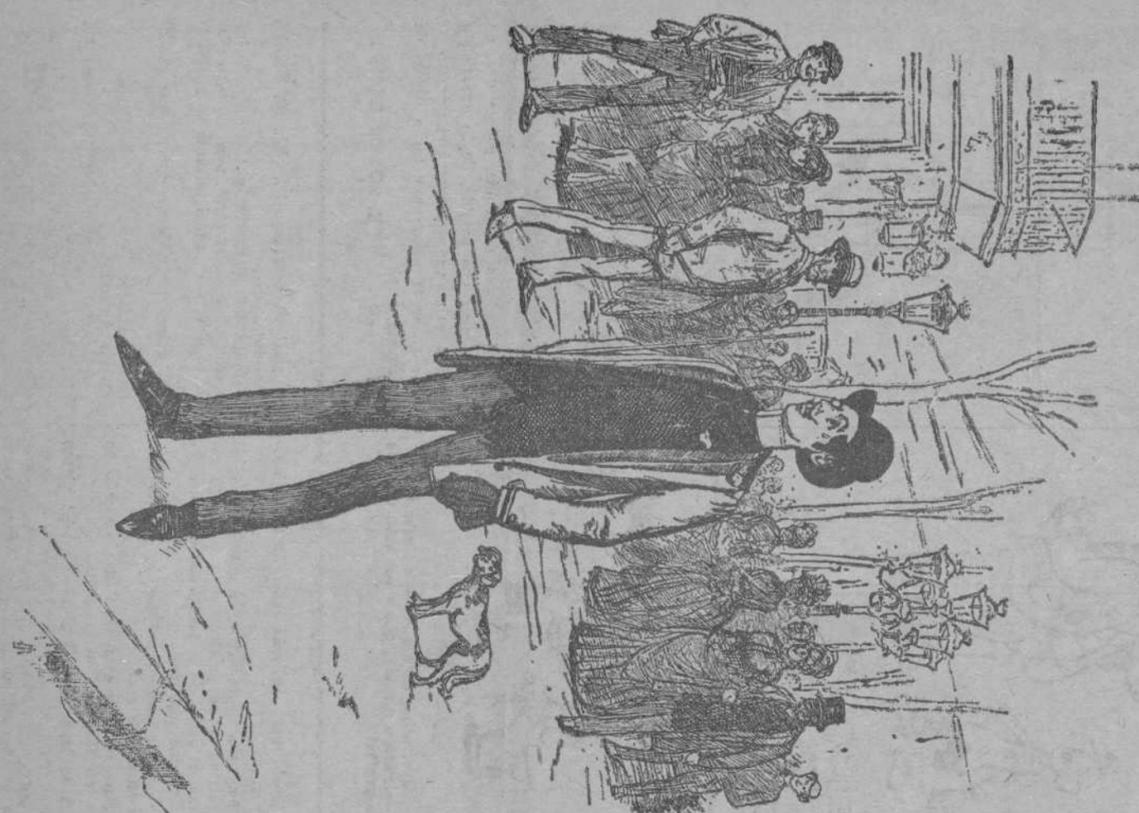
Y que inútil era aquel joven presuntuoso y galante, que repugnante aquel viejo verde de hinchado, ridículo y sin entrascas. Estos seres, plaga de todos los tiempos, con todo cada época, les da su sello característico. En aquella estereotipada, sus devaneos, tenían cierta regularidad mensural. Sus costumbres tenorosas, eran con una profesión u ocupación indispensable, su misión le hacía esclavo de una serie de hábitos, que cumplía, como si estuviera ocupado en una banca o en un escritorio.

Si a las 12 no faltaba a la salida del taller, durante las demás horas del día, le veías como buen zángano en la Rambla, en medio de las flores, llevando la miel de alguna avispada florista, que no tan cuidadosa como la modistilla, llegaba a veces a cazar al abejorro, si este tenía, con que pagar los humos de aquella beladad, la cual con sus veleidades una vez casada, venagaba a todas las víctimas de aquel cinco temario de paucotía, ocupándole toda su paciencia y dejándole cuando no había que sacar nada de él.

Le habrías visto también acudir puntualmente, agrupado con sus compañeros de profesión, como bandada de gavilanes, acechando un vuelo de palomas, en todos los sitios de concurrencia.

Uno de los lugares estratégicos era la esquina de la calle de Fernando VII y la Rambla frente a la acreditada confitería de Lillibe. Echando dichosos averidos o chupando el puño del bastón, cuando no se les ocurría nada, lucían gallardamente toda la indumentaria de figurín de aquellos tiempos. Algunos de ellos con monedero, chiqué o americana con solapas mulliduchas, pantalón estrecho y botas charroladas acabadas en una punta inverosímil, con su cabeza de chochito adornada en algunos ejemplares con span y toros y cubierta de sombrero de copa u hongo de buen tamaño y anchas alas. Lucían también esta elegancia, en las puertas de las iglesias los domingos, dificultando el paso adrede, ávidos de apretones y aproximaciones pecaminosas.

No le faltaban ocasiones para ejercer su misión mariposeca. En la tarde del día de Santo Tomás, era el Parque un sitio a propósito para lucir sus dotes. Magnífico era el punto de vista. Los paseos laterales llenos de gente elegante, de mujeres hermosas, de madres satisfechas, de hombres graves. El paseo de los coches animadísimo. Todas las clases sociales estaban representadas en los vehículos, desde la carreta hasta el feautón, desde el landó hasta la tartana, todo esto alternado con los gallardos ghinetes y amazonas que lucían sus magníficos caballos de pura raza.



Vaya unos cursis! que les llama la atención una persona tan distinguida.

(Grabado de la época)

Joaquín Bas Gülich

# Páginas infantiles



GALERIA DE HOMBRILIBRES

## JOSE MONTGOLFIER

Le estirpe de los Montgolfier es muy antigua en la historia, remontándose hasta la Edad Media.

En 1147, un tal Juan Montgolfier fue hecho prisionero en Palestina y llevado a Damasco, en donde tuvo ocasión de aprender la fabricación del papel, fundando en Francia una fábrica de papel que fué de las primeras de Europa.

Hacia los años de 1700, un miembro de la familia, Raimundo Montgolfier, se estableció en Annonay como fabricante de papel. De los diez y seis hijos que tuvo, uno llamado Pedro se encargó de la fábrica, que llevó a estado de gran prosperidad. Dos hijos de éste, merecen juntos el honor de ser llamados inventores del globo aerostático, José y Esteban Montgolfier.

El primero, espíritu emprendedor, tenía una personalidad más marcada, y en general pasó por ser el legítimo inventor del aerostato.

Ya desde niño, José demostró un carácter original. Era de temperamento vivo y despierto, en sus relaciones ligero unas veces y distraído e indolente otras.

Su naturaleza rebelde no le permitió doblegarse ante la monotonía de la vida escolar, y no estuvo nunca en muy buenas relaciones con sus maestros. No consintiendo su padre que dejara sus estudios, José, a la edad de trece años, abandonó el hogar paterno, pero el hambre le hizo retornar a él y no tuvo más remedio que proseguir de nuevo sus estudios.

Por casualidad llegó a sus manos una aritmética, profundizó en ella y desde aquel momento cambió de manera de ser. Había descubierto su vocación: el estudio de las matemáticas, de la física y las ciencias naturales.

Nuevamente abandonó la casa de sus padres y se estableció en la ciudad de Saint-Etienne, en un cuarto pequeño y miserable. Allí se formó su laboratorio químico, y con la ayuda de algunos instrumentos y recipientes, produjo diversos preparados químicos, como sales y colorantes. Con el poco dinero que había adquirido con la venta de sus productos, José emprendió el viaje a París. En la capital francesa trabó amistad con hombres de ciencia, los cuales descubrieron en seguida en el muchacho las extraordinarias facultades que le adornaban.

Por más que su padre le llamó a su lado para interesarse en la fábrica, José no escuchó el llamamiento paterno, pues tenía la cabeza llena de nuevos planes y no salía de sus experimentos. En los años que siguieron, Montgolfier fundó fábricas de papel en Rives y Volpou, donde año hoy día florece la industria papetera.

José, quien de muy joven había comenzado a especular acerca de los medios que tenía el hombre para elevarse en el aire, enteró de los planes a su hermano Esteban y consiguió interesarle por ellos. Estudiando un libro de José Priltley acerca de las diferentes atmósferas, estudiando los movimientos de las nubes y de las columnas de humo, y realizando diferentes experimentos, fué acordándose poco a poco a su objeto. José realizó el primer experimento satisfactorio en 1782, durante una estancia en Avignon.

Los honores y la fama abrumaron a no tardar a los inventores. La Academia francesa de Ciencias les honró miembros correspondientes.

Esteban, que se dirigió a París para disponer un vuelo, fué distinguido con la concesión de la orden de San Miguel; a José le otorgaron una pensión de 1000 francos. Después de las dos famosas elevaciones del globo en París en los días 19 de septiembre y 21 de noviembre, la ciudad de Lyon invitó a José Montgolfier a efectuar allí una ascensión. En 19 de enero de 1784, José Montgolfier subió, junto con otras seis personas, en un globo gigantesco.

La revolución, con todos sus enigmas, debía llevar a los dos hermanos a pensar en otras cosas. Su anciano padre murió en el mismo año en que la cabeza de Luis XVI rodó en el cadalso, José salvó, con peligro de su propia vida, a varios de los condenados a muerte por el tribunal revolucionario. El nombre de Esteban Montgolfier figuraba en las listas de los condenados a muerte; pero sus fieles trabajadores consiguieron salvarle la vida.

Sin embargo, aquellos días de angustia no habían dejado de trazar un surco en su salud; se acentuó un dolor cardíaco que hacía tiempo sufría, y él mismo se dio cuenta de que no vivría ya mucho. No quiso morir en París en plena efervescencia revolucionaria, la entonces le atraxa a su patria, y se puso en camino de Annonay, a donde no consiguió llegar, pues murió en el camino el 2 de agosto de 1799.

José Montgolfier sufrió un rudo golpe con la muerte de su hermano. Abandonó todos sus ensayos relativos a la aerostática y dejó también de ocuparse más de la fabricación de papel. Más tarde realizó otros inventos de los cuales el más importante fué el sifón hidrante.

Este invento, al cual Montgolfier daba mayor importancia que al globo aerostático, fué recibido al principio con gran escepticismo. Al ser leído en la Academia, el abate Bossar, exclamó indignado, que la teoría sostenida por Montgolfier era completamente errónea, si fuera verdadera, tendría por consecuencia la posibilidad del movimiento continuo, cosa que hace tiempo todos han rechazado por imposible. Pero José Montgolfier dejó que hablara y se limitó a comunicar a la Academia que el aparato estaba a la disposición de quien quisiera verlo. La sabia corporación nombró una delegación en la que figuraba Bossar. Cuéntase que el abate se había colocado frente al caso por donde debía salir el agua y que Montgolfier, al poner en marcha su aparato, le dijo: «Haga el favor de retirarse a un lado, porque por donde usted está saldrá el agua.» Pero Bossar se negó obstinado a moverse y cuando el aparato comenzó a funcionar, exclamó burlescamente: «Si, fie tac, fie tac, esto lo hace muy bien, pero más no puede.» Apenas hubo terminado estas palabras, cuando un gran chorro de agua fué a dar sobre la cabeza del buen académico. Si bien no tuvo más remedio que confesar su error, Bossar se dió por ofendido y se negó a firmar el protocolo en el cual los académicos confirmaban lo que habían visto. Los demás, entre los cuales se hallaba Laplace, estraparon admirados su firma y felicitaron efusivamente a Montgolfier.

Al principio del verano del año 1810, José Montgolfier, que contaba setenta años de edad, sufrió un ataque de apoplejía, que le privó de la palabra. Restablecido, pudo aún dirigirse al Balneario de Balruac, cerca de Montpellier, donde murió el 28 de junio.

En el centenario de la primera ascensión del globo, se descubrió la memoria de los hermanos Montgolfier, cuyos tenorosos esfuerzos dieron tanto empuje al desarrollo de la técnica.



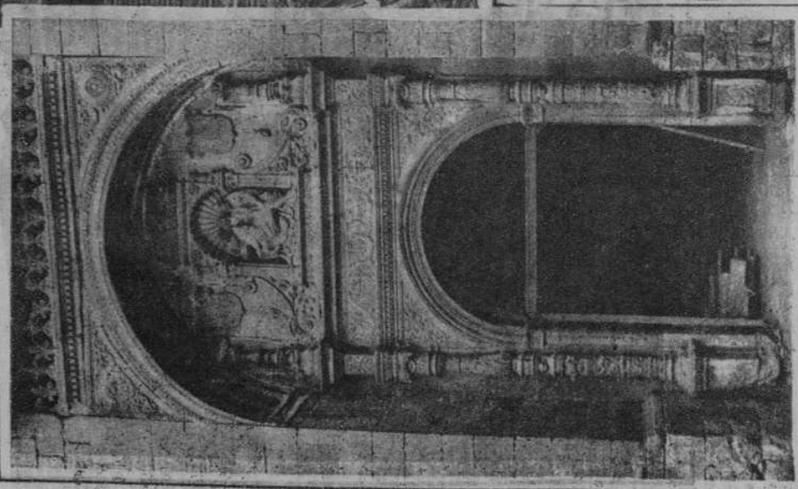
JOSE MONTGOLFIER (1740 - 1810)

R. S. N.

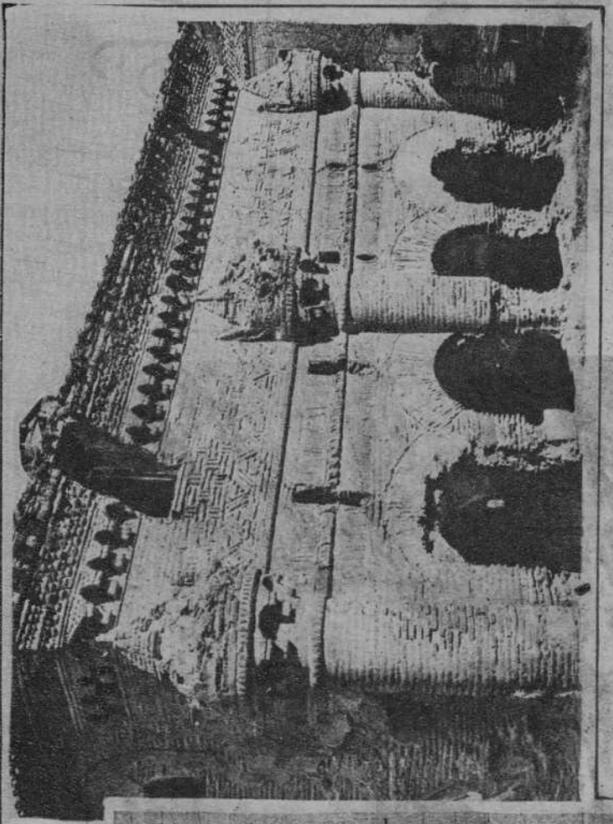
El Día Cerámico

CUPON que debe acompañar a todo envío de pasatiempo

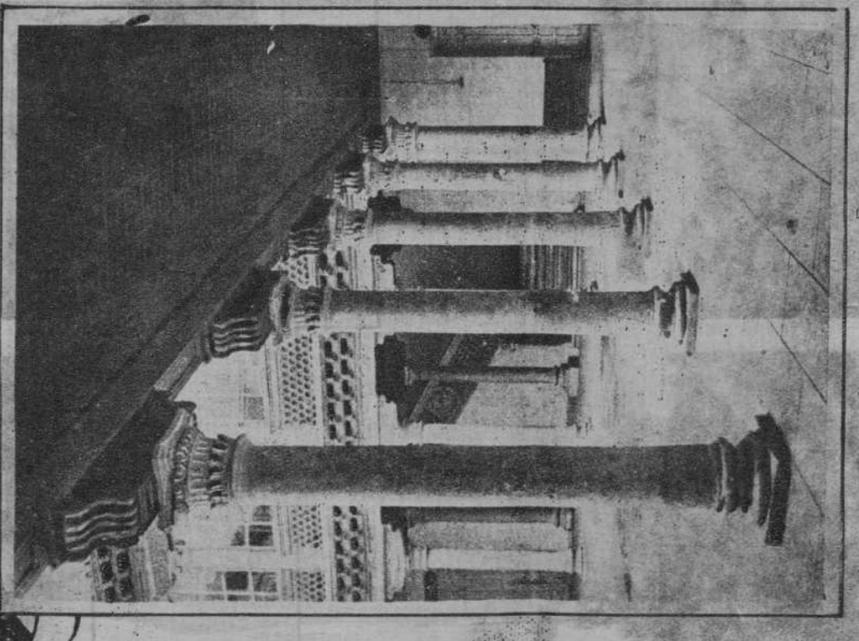
ARQUITECTURA ESPAÑOLA



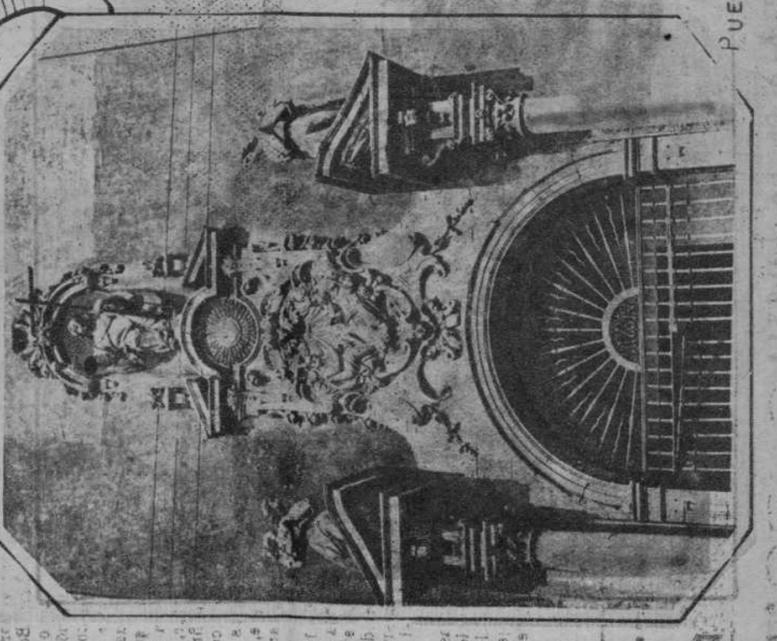
PUERTA DEL CONVENTO DE LA PIEDAD



CASTILLO DE GUADALAJARA

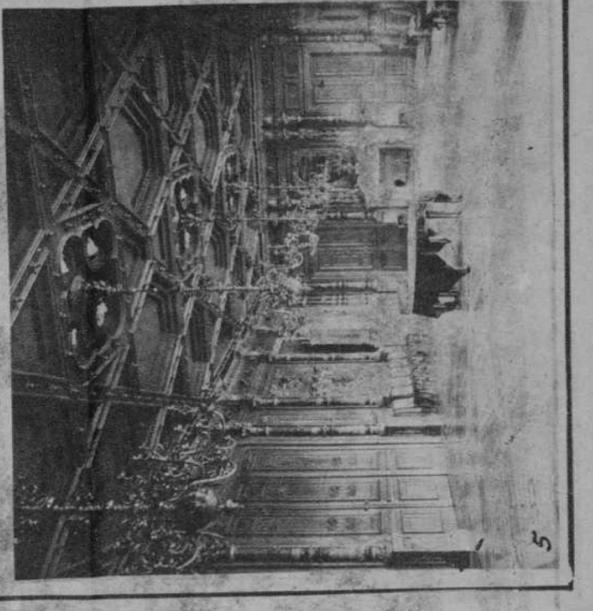
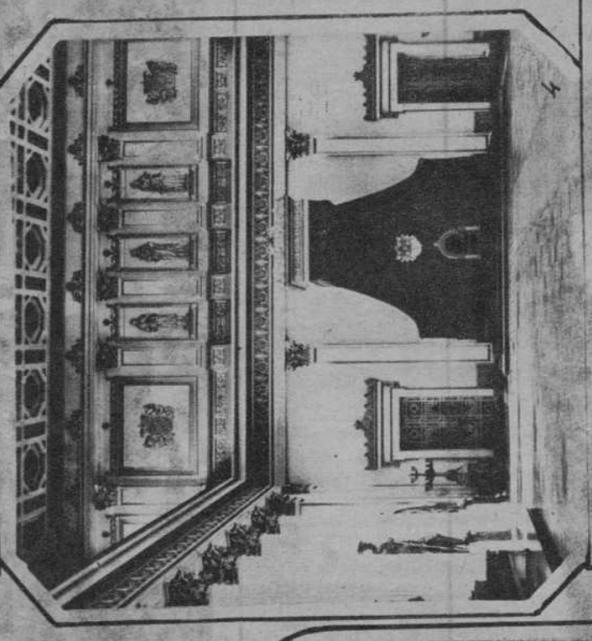
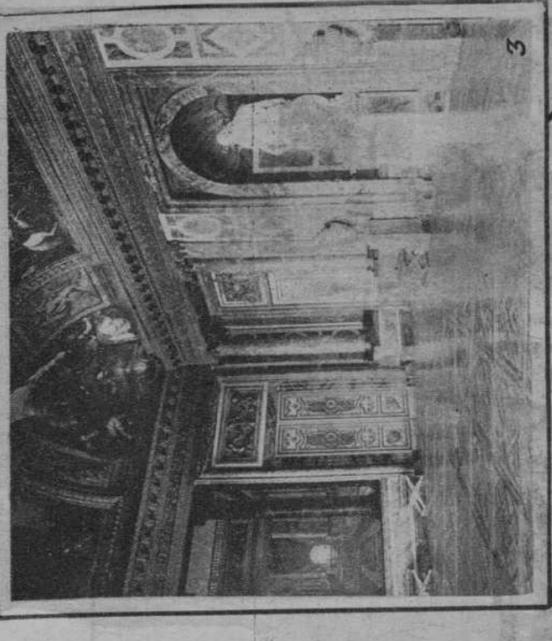
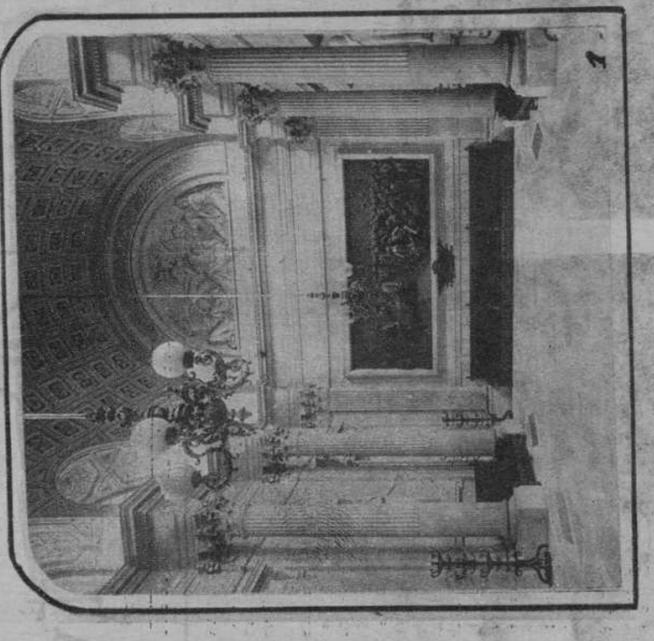


PATIO DEL INSTITUTO PROVINCIAL



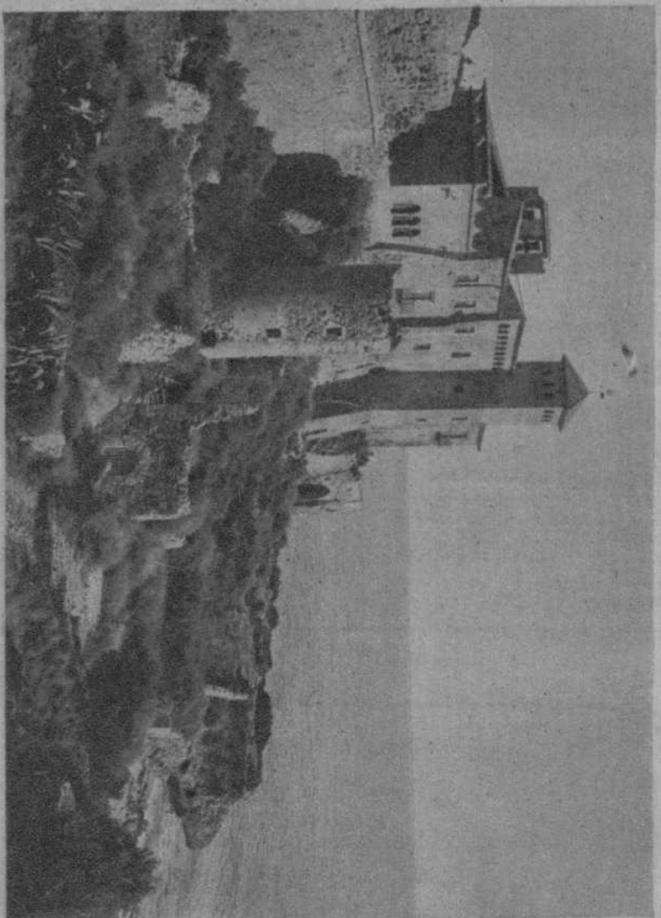
PUERTA DE S. NICOLÁS DEL REAL

Cosmorama

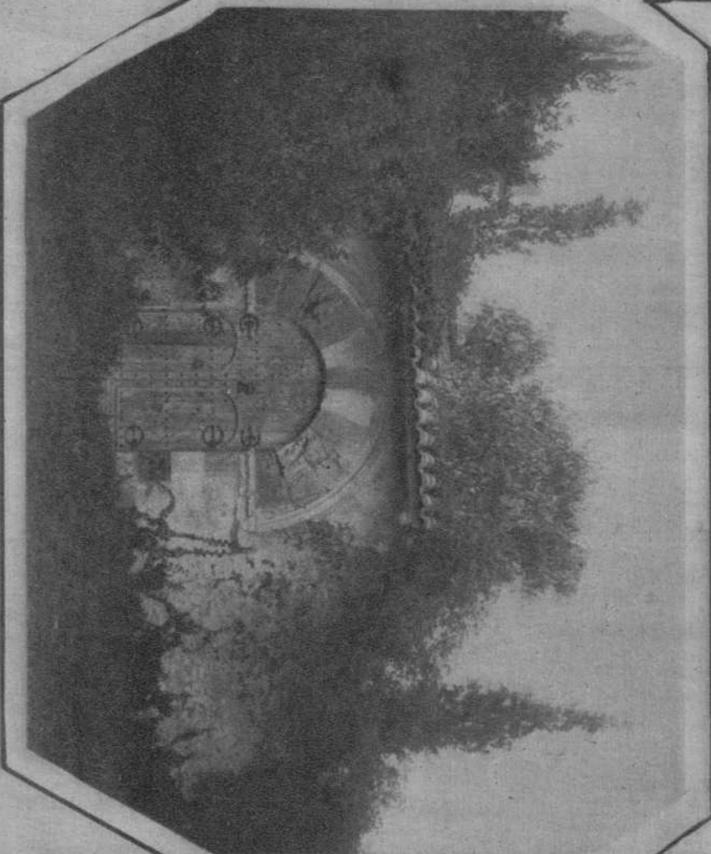


- 1.-PARIS. GALERIAS DEL PALAIS BORBÓN
- 2.-VERSAILLES. SALÓN DE VENUS
- 3.-FONTAINEBLEAU. GALERIA DE ENRIQUE II
- 4.-MUNICH. SALÓN DEL TRONC
- 5.-HANNOVER. SALÓN DORADO

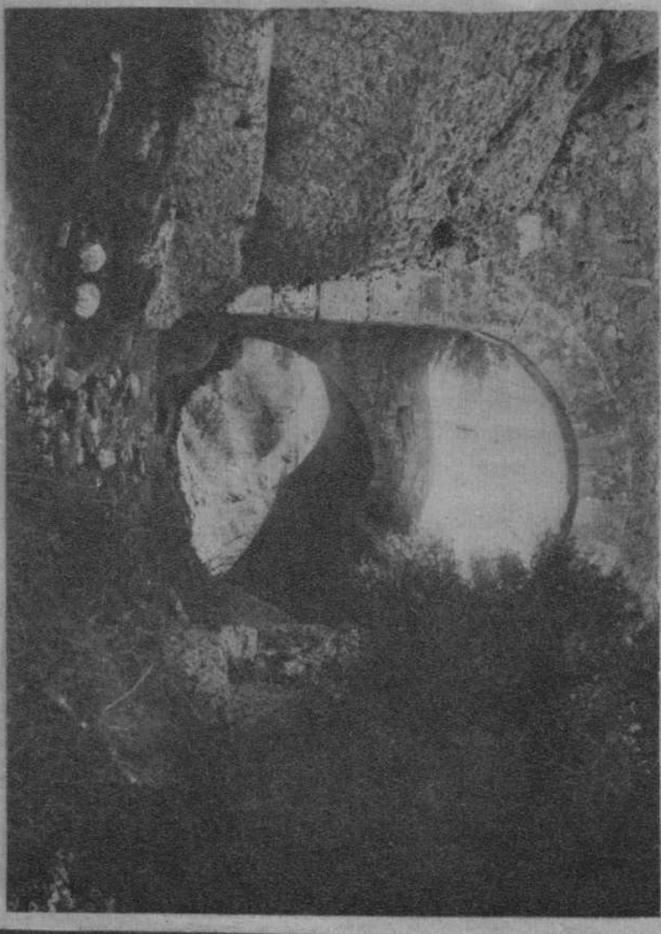
# Tamarit, villa feudal



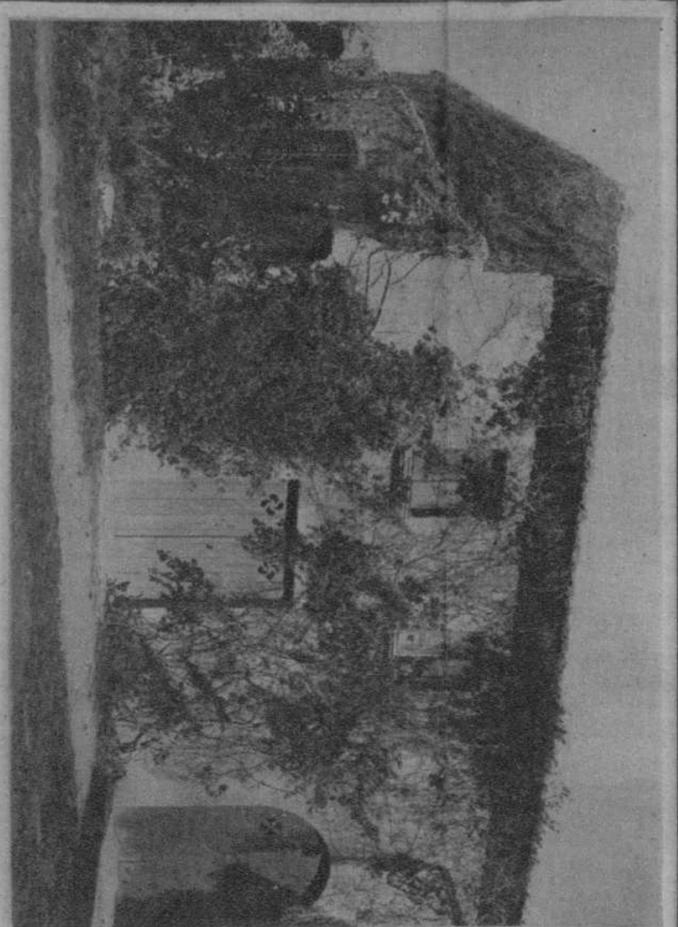
EL ANTIGUO CASTILLO, VIGIA DEL MEDITERRANEO



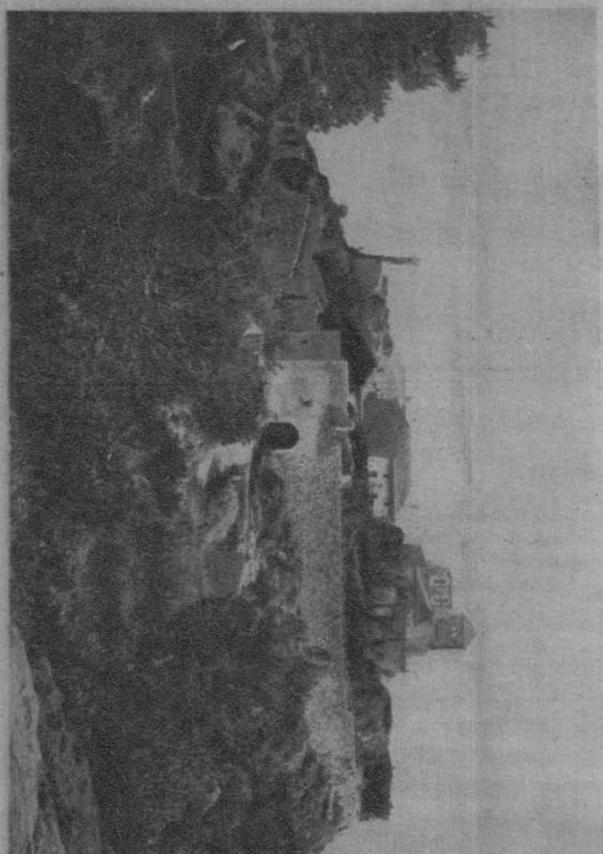
UN RINCÓN DE LA PLAZA DE TAMARIT



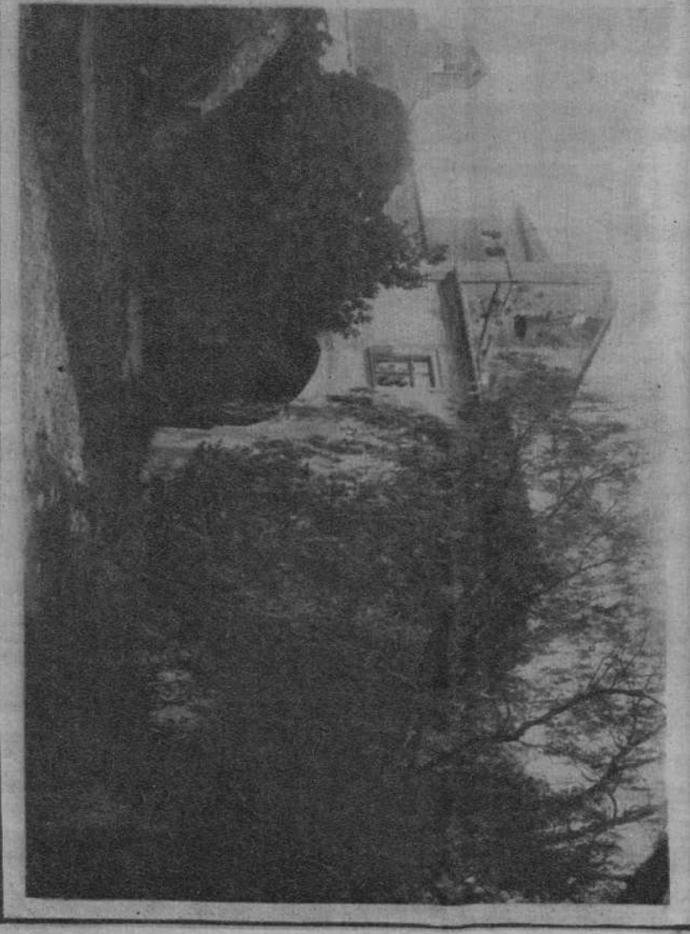
PUENTE QUE DA ENTRADA AL CASTILLO



ÚTRO BELLO RINCÓN DE TAMARIT

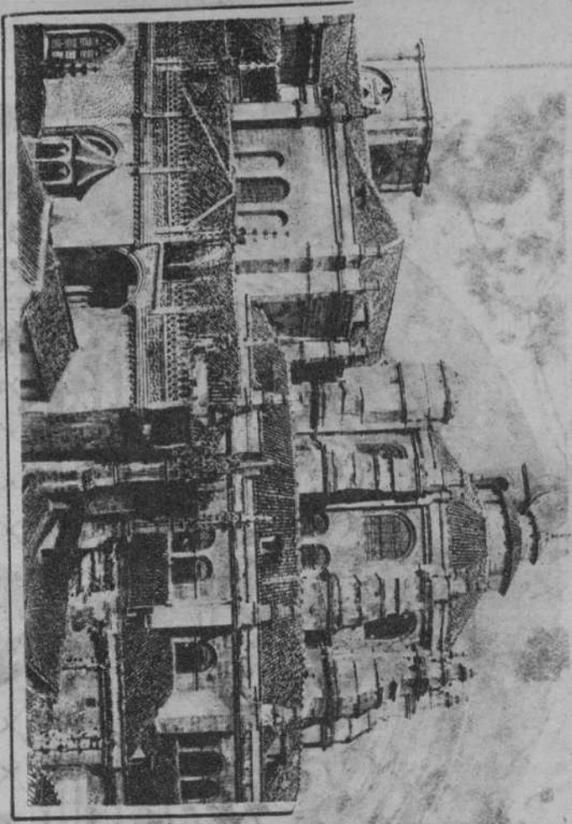


EL CASTILLO VISTO DESDE LA MONTAÑA



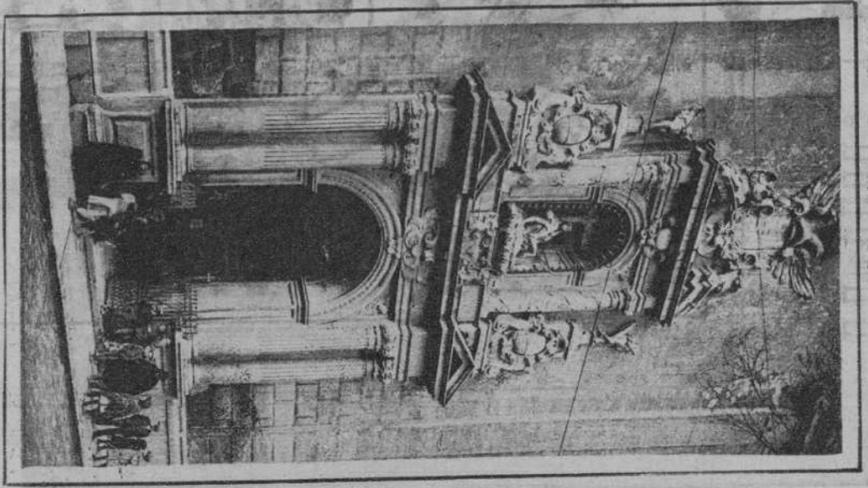
LA PLAZA DE LA IGLESIA.  
(FOTOS VALLVÉ)

Joyas del arte religioso

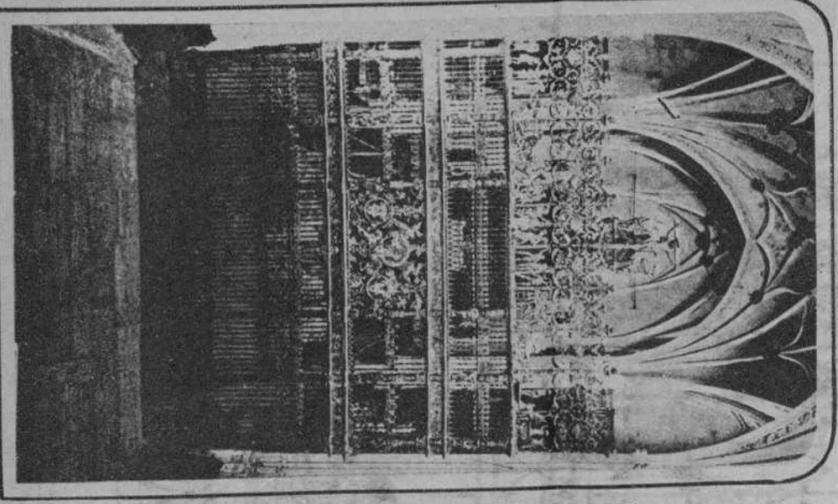


ABSIDE DE LA CATEDRAL

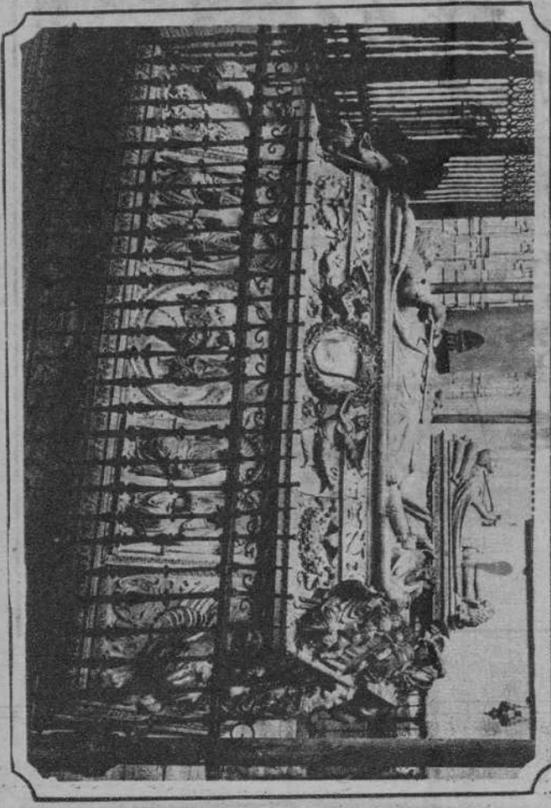
GRANADA



PORTADA DE ORO, DE LAS ANGIUSTIAS



INTERIOR DE LA CAPILLA REAL



CAPILLA REAL. TUMBA DE LOS REYES CATÓLICOS



Buenos amigos



CAPRIOLC  
FOTOGRA-  
FICO. DE  
SCHEPFL.

# EL BEBEBIDIZO

POR FRANCISCO DE TROYA DOMINGO  
DIBUJOS DE TERRELLA



filo de la era, fué Tomás. Tía Dolores nos dijo su nombre. Seco, alto, giboso. Era la primera vez que lo veíamos... Venía con un cántaro sobre el hombro izquierdo cogido en lo alto por el asa con la mano derecha, pendiente la otra mano, balanceante, con unas acéteras de cuerno. Rezongaba y volví a medius su cabeza gacha hacia el grupo de campesinos que le gritaban a coro, riendo:

—Tomás: borracho, borracho, tonto... Tomás dejó en el suelo el cántaro y les amenazó con el puño a tiempo de decir entre dientes:

—El vino! El vino!...

Tía Dolores se levantó, incomodada, cogiendo de una mano la media mientras rezongaba el ovillo por el suelo:

—Anda, anda, entra... Ya arreglaré yo a esos sayones...

Llegó el georgico grupo. Casi nos cegó la viva policromía de sus vestidos. Su ronica alegría, el barullo que formaban, moviéndose de un lado a otro, con el arraste de sus ferrados zapatos, con sus gritos y el rebullido de sus cachivaches en las cestas, parecía una ofensa a la serena calma del atardecer. Después de sus rústicos saludos, tía Dolores los increpó; pero ellos se reían más, viendo tan enredada a la pequeña cosa de la ama, una ardilla por su figura y sus movimientos.

Se despidieron por llegar antes al pueblo; que habían de madurar al día siguiente. Y casi a coro gritaban: «A la pa e Dio», «No se incomode, sená Dolores», «Hasta mañana». Cuando ya se iban, uno se destacó:

—Al tío Antonio lo veremos allá bajo, en la chapolea...

Se alejaron por la senda que quiebra en el río para seguir después: hasta el pueblo y así como el agua después de ser alborotada por el veno se remansa en suave estela, nuestro espíritu, luego de ser agitado por alegría bárbara y primitiva, se mecía en espacios de melancolía...

Se destacó la figura de tía Dolores en el vano de la puerta. Volvió a sentarse. Des-

país más fina... En la distanidad de la atmósfera giraban y voltijaban los vences de luz que en la retina heteróclita estelaban de luz que se cruzaban, se perdían y volvían a encontrarse en un maravilloso remagnum. El suave roce de sus alas al cortar el aire, se oía como abanico de plumas al cerrarse, así como el leve chasquido de sus pies al atrapar ansiosos los insectos...

A veces uno venía como una flecha y rápido, parecía que iba a clavarse en nuestra frente, sentíase ya como un cosquilleo en la piel... Y pasaba raudos sobre el tejazoz... Soniqueteaban las colleras de los caballos que llevaban a abrevar al río y que acuciados por los ladridos de «Pirris y de la «Morita», con el gozo del fin de la labor, jugueteaban ya al trote, ya con graciosos cocoyos y piruetas... Luego desaparecieron al iniciarse la cuesta, bousca, y se oyó cada vez más apagado el cascabeleo ritmico y la voz del zagal que cantaba...

Silencio... Sólo el rumor de los chopos del río acariciados por el viento y el murmullo de las aguas corriendo, mansas, entre mimbres y adelfas... Cerramos un momento los ojos y «vimos», bajo el túnel de las mimbres, entrecruzados de una a otra orilla del río, el agua en la umbría, con reflejos plateados y verdes, el blanco rebrillar de las guijas de plata en su fondo, el rápido vuelo casi a su ras de las lavanderas y los niños y por cima de los esbeltos chopos de la rivera, los policromos abejarrones lanzando destemplados chitidos al describir sus rápidas curvas en el espacio azul celeste...

Nos sacó de nuestro ensimismamiento el alegre reir y vocerío de zagalas y mozos que se acercaban. Volvimos la cabeza, venían en apretado grupo. Ellos con sus zoletas al hombro de las que pendían hoces y grandes pañuelos anudados formando bultos diferentes de gayos tonos y ellas con cestas que llevaban del asa o sobre la cabeza... De todos ellos, el que primero llegó a la puerta del cortijo, arrastrando sus rectos zapatos herrados sobre las mondas piedras de

ANA, de entre la espesada vasa verdegrera de los olivos, saltó la voz destemplada de Luquillas!

—Tío Antonico!...

En el silencio del campo vibraron durantes algunos instantes las palabras después el viento las arrastró hasta el fondo del río que se adivinaba oculto en la espesura, y un poco más apagadas resonaron devueltas por el eco.

—Antonico...

«Tío Antonico quedó de pie, alta su romana cabeza, oteando. A lo lejos vislumbró a Luquillas y luego con entereza vocó:

—¡Ya voyyyy!...

Rezongando luego:

—¡Mardito niño!...

Cogió un hocino, dejado sobre una ancha piedra de batir esparto y se alejó, refunfuñando, a tiempo de remeterse la camisa y auparse los pantalones, mal sujetos por una faja interminable, roja. Después, hundiendo los pies en la esponjosa tierra, de hacia poco harada, se perdió a campo traviesa, entre la ordenada maraña del olivar, moviendo la cabeza a un lado y a otro para agacharse luego y arrancar un hierbajo.

Estábamos ante la era callados, retropeados en la silla contra la pared del cortijo. Tía Dolores y su hijo — enormemente gruesa de casi moverse debido a su cojera — hacían media, sentadas en el umbral de piedra arenisca. Sus vestidos, recogidos por no mancharlos, con grandes pliegues alrededor de la cintura, enseñaban las pantorrillas: entecas las de la madre y enormes las de Teresa con medias rojas a listas azules, anilladas y anchas. Tía Dolores dejaba de vez en vez la media sobre la falda y miraba a lo lejos entornando los ojos...

Se ponía el sol... Nos acariciaban frescas rachas de aire que estremecían blandamente las copas verdoscuros de los olivos y éstos en la lejanía se sumaban formando un gran manto que temblaba extendido sobre la tierra... Picoteaban las gallinas en la parba ya hecha, ante nosotros, y de vez en vez se elevaban graciosos remolinos de

Hacia el mes de mayo llegó a Petrogrado una comisión de socialistas franceses, dirigidos por Albert Thomas. Al visitar Kerensky al zar, éste le dijo:

—¿De manera que ahora tenéis a Albert Thomas?

—Sí, ha venido con una comisión.

—El año pasado fué huésped mío. Hoy lo es vuestro. Es un hombre inteligente y agradable.

El zar apenas si ponía dolor en estas comparaciones del pasado y del presente. En su alma religiosa, el infortunio cristalizaba en la extrema serenidad del hombre que había visto, a sus expensas, que todo lo de la tierra es deleznable y pasajero, y que en los hombres, aun en aquellos que se cree más leales, anida la infidelidad. El zar no pensó nunca en que la deslealtad de sus servidores, parientes y amigos fuera tan absoluta y tan extensa. A su lado no quedaron más que dos o tres palatinos, la servidumbre y los profesores extranjeros de sus hijos. La ingratitud, unida al miedo, lo destronaron en los corazones, después de su abdicación y su cautiverio.

Los días se sucedían en aquel palacio sin alegría, monótonos e iguales. El profesor de francés del zarevitch, Gilliard, apunta en su diario que hacia principios de junio habían terminado todos los trabajos de cultivo en el parque. «Tenemos una gran cantidad de legumbres y quinientas coles—escribe». Los criados, a su vez, tienen, también, en el parque, su espacio para cultivar. El ex-emperador se trasladó a él, para ayudar a sus criados. Después, solicitó permiso para derribar los árboles secos, ex-zar, palatinos y profesores, se dedicaron a hacer de leñadores, bajo la vigilancia de los soldados.

Aquella vida apacible y quieta no era turbada más que por los episodios que, de vez en cuando, producían los recelos de los guardianes. Así, un día, apareció el oficial de guardia en las habitaciones del emperador, que pensó, en que en Petrogrado debían ocurrir sucesos graves por la lucha entre los extremistas y el Gobierno provisional.

—Un centinela—le dijo—ha hecho un disparo de alarma porque ha apercibido señales rojas y verdes en el balcón.

—¿Qué señales?

—Ya lo he dicho, rojas y verdes.

La explicación de las señales fué dada inmediatamente. La gran duquesa Anastasia cosía junto al balcón, y al agacharse para coger el carrete o las tijeras, producía sombra o luz, alternativamente, al tapar la lámpara verde y roja de la mesa del emperador. El oficial, confuso, dió excusas. La familia imperial, pasada la alarma, quedó sumida en la tristeza de pensar que su tranquilidad, tal vez sus vidas, podían depender de que una de las grandes duquesas se agachara para coger unas tijeras o un carrete de hilo, tapando, involuntariamente, el foco de luz.

publicar una orden exigiendo el retorno a la calma. Las manifestaciones y los dispersos cesan.

Esta primera movilización de las fuerzas leninistas fué un fracaso, pero había demostrado que la revolución estaba dividida y su parte extremista decidida a llevar la guerra civil a las calles. El Soviet, temeroso de los leninistas, y comprendiendo que la interpretación de una nota del Gobierno no era causa suficiente para un estado insurreccional, publicó un bando ordenando que cesara toda revuelta. Lenine, por su parte, hecha la demostración con fuerzas para ser tenida en consideración, pero sin ellas para ir a una acción seriamente revolucionaria, simuló una moderación que no sentía, haciendo votar por el Comité Central bolchevique una moción en que se decía que «la decisión del Soviet, prohibiendo mítines y manifestaciones en las calles, debía ser respetada por los miembros del partido. Toda idea de guerra civil sería absurda en estos momentos...».

En estos momentos... Es decir, mientras él, Lenine, no estuviera preparado. Contaba con 160 delegados en 500 regimientos que representaban 26.000 soldados. Contaba con una sección militar en su partido. Pero no era bastante por el momento. Había que ser prudente. Era preciso esperar.

Pero la victoria fué para el Soviet. Milukof, dimitió. Gutchkof, ministro de la Guerra, hombre enérgico, liberal y patriota, dimitió. Kerensky creyó llegado el momento de que el Soviet participase en la gobernación de Rusia, formándose un ministerio de colaboración entre el Gobierno provisional, es decir, el liberalismo ruso, y la democracia socialista, entre burgueses y marxistas.

El Soviet, después de muchas deliberaciones apasionadas, votó la participación ministerial. Kerensky fué nombrado ministro de la Guerra. Rusia parecía tener un Gobierno que reunía todas las fuerzas revolucionarias.

Pero Lenine, estaba detrás. Al salir los socialistas del Soviet para formar parte del Gobierno, la Prensa leninista no tuvo más que una palabra: ¡traidores!

Lenine, Luis XVI rojo, proclamó: «La revolución soy yo», mientras Gutchkof, escribía su dolor de revolucionario defraudado: «¿Es posible que la Rusia libre sea una nación de esclavos amotinados? Yo lamento no haber muerto hace dos meses, en los primeros días de la revolución.»

plés de un largo silencio, la interrogamos acordándonos de Tomás el tonto:—¿Y desde cuando está aquí? ¿Qué le ha pasado?...  
No contestó. Tía Dolores parecía meditar o resolver un grave problema, la cabeza inclinada y la vista fija en los puntos de su labor. Y después de largo silencio contestó Teresa:—Ahora viene tío Antonio. Ya se lo contaremos en la cocina.

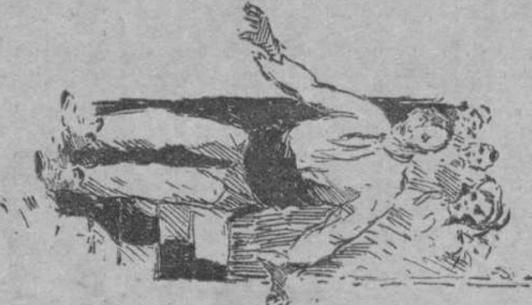
Mabia anochecido y mientras Luquillas, el barbero de Luquillas, arreglaba en la cuadra los caballos, tía Dolores ponía la mesa. De vez en vez sonaban las patadas de las bestias y los juramentos del mozo:—¡Maldita sea la pollera! ¡Te vas a estar quieto!...  
Teresa se sentó en uno de los poyetes que a todo lo largo de la pared van desde la chimenea a la puerta del corral. A la izquierda del velón brillaba el ruido continuo de los pedales y calderos colocados sobre la ancha campana de la chimenea, que no sólo sobre el volado revelaba Colgaban las travesas en la pared recién encalada que tras la cadena del caldero, en el forjador, debía adhirir bajo su blanca re-ciente la tiza del hollín dejado por las fogatas del pasado invierno... Se recordaban en la pared heteroclitas sombras que se alargaban, se ensanchaban o parecían resaca con inestabilidad de llamas. La de Teresa se bamboleaba como globo cautivo, de un lado a otro, entre la de tía Dolores, larga y esbelta, la nuestra y la de las sillas y la mesa que ya se unían o se separaban en una muda barahola... Sonaron pasos a la derecha, en el corral; después se oyó un fuerte portazo y a continuación ruido de llaves y carrros.  
Teresa quedó expectante a ver qué era y luego, como intranquilizándose:

—¿Es tío Antonio?...  
Se abrió de golpe la puerta. Las luces del velón oscilaron fuertemente y se revolució el aquejarre de sombras de los muros... Apareció tío Antonio, que quedó un instante en suspenso y después viendo la mesa puesta dijo:

—¿Es tío Antonio?...  
—Luquillas está ahí, pero Juan no ha venido.  
—¿Pero si está ya en casa que yo...? ¡Yo los días que él en casa mandaba vería se que empezaba con to el mundo!...  
Cogió de la estera la escopeta y mientras Juan venía se puso a bromear los canchales. Las sombras de los muros parecían reconocerse un momento; pero se volaron a revolucionar en danza vertiginosa con la entrada de Juanillo. ¡El gesto terrible de tía Dolores cuando Juan explicó, diciéndole, la causa de su retraso!

—¿Por qué tardas y ella dando saltos, cabeza y la jizo porvo. Ya lo he dicho yo: pa cruzar esos bichos, el espíritu...  
Teresa también se pensó y bostizó algo un momento... Pero ¿y Tomás?... Se le bostizó para que también cenase, estaba en el corral, cara al cielo estrellado, recostado sobre un montón de aperos y se-rones, con los brazos en cruz, las manos tras la cabeza.  
Instamos a tío Antonio para que nos contase quien era y por qué estaba así. Juan y Lucas salieron, llevando las caballerías al rastrojo, con fuerte alboroto de impreca-ciones, esquilas y ceneceros. Quedó la casa en silencio. La puerta del corral dejaba ver entre su marco un cuadro de cielo estrellado, azul obscuro, y afuera, por encima de las bardas, al claror estar, las estilizadas copas de las higueras que circundaban la

casas. Qianse de vez en vez leves gruñidos y apagados cacareos. Dentro, en las paredes de la cocina, simulaban las proteicas sombras misteriosas encapuchados que cuchicheasen algo muy secreto. Tomás, sentado en el pozo de la cocina, la barbilla hundida en el pecho, parecía absorto en débregas regiones espirituales. A veces, se estremecía levemente y balbucea incohe-



rentes monostibos, burbujas que saliesen a flor de agua desde lo más profundo de su espíritu como si allí en su fondo se deba-tiese algo desconocido... Teresa y tía Dolores le miraban inquietas, y tío Antonio hacia tomiza trezando hábilmente el esparto entre los dedos. A la vez, hablaba:—Lo echaron de "Los Juncuales" porque decían que no sería pa ma. Cuando vino aquí, por poco lo mata el "Pirri", que lo había visto desde su chamizo; pero se lo quitó de encima Luquillas. Yo estaba en la huerta y me lo contaron cuando vine. Y vería vate: como to lo que se le dice con-esta "el vino, el vino", ¿se va Luquillas a darle un cacho pan y por poco le pega... Le decía: "Habrá bragazas...! Pos no me pte vino!..."  
Resonaba el vozarrón de tío Antonio, en la estancia. Para que no se fuese atronando, tía Dolores nos contó la causa de la idiolez de Tomás, a media voz, acorde con la "inquieta" seriedad del lugar y del momento...

III

En el luminoso pueblecito andaluz vivía una pareja de recién casados.  
Ella comenzó a dudar de él por indicios leves, que fueron, poco a poco, acentuándose, por lo que indignó, hasta tener la certeza de que "el" mantenía relaciones con una bella gitana del arrabal. Una gitana de pie tostada que parecía un bron-ce antiguo. Por razonables medios quiso atraerle a su corazón; pero el verdadero y hondo amor, el todo carne y todo espíritu, como aquel, no reconoce medios dulces ni violentos que le quitan trincar. Y ella, la esposa oficial, se consumía, ¡quién sabe si por los mismos desvíos!... Y apeló a todo... Un día, mis amigos a quienes, desolada, abrió su corazón, le aconsejaron que viese a una vieja echadora de cartas y hacedora de embrujamientos.  
—Te lo juro, siempre a tu cariño—la dijeron— Consúltala, y que nadie se atreva. Nada pierdes con ello.

Y sin decir nada a nadie, la buscó. Vivía en las aheras, en una casucha miserable, medio derruida, con una sola pieza, un Camaranchón lóbrego... Fue de noche y, re-frechando sus nervios, que se le insubor-dinaban, la expuso lo que quería...  
Ella le daría lo que quisiese, con tal que le "quisiese" (1) a su marido y lo volviese a su corazón... Sin saber "que es libre nues-tro albedrío" y no hay fuerza ni encanto que le fuerce"—padre Cervantes!—, quiso que le diese un bebezido para dirigir la vo-luntad de su marido. Mas no era cuestión de momento. Tuvo que asistir varias veces a la mansión de la hechicera, para que con-jurase, en su presencia, a los demonios en su favor. Creyó morir de miedo. Los con-juros del clérigo nigromante de que habían las "Cantigas" no fueron más pavorosos para sus nervios irreflexivos, para su capucha atávicamente torturada por todos los mitos funestos. ¡Oh, aquellas noches horribles en que sostuvo la blanca mirada de la bruja y miró el fondo del vaso!... La estancia, en silencio... Como única luz, la llama azulenta e inestable de un brasero. Un esquele-tico gato negro, los ojos extáticos, mirán-dola obsesivamente... La vieja, en medio de los efectos cabalísticos, sostenía el "mu-feco", un palarraco negro, el pico amarra-do, al que, mientras musitaba raros exor-cismos, le arranchaba una pluma por cada mandato a los demonios, y la sustitua por un alfiler, entre los soridos gruñidos del sangrante palarraco que se rebullía, tortu-rado... Después, no supo más. Quedó tras-puesta en un ataque nervioso. La vieja la hizo volver a sus sentidos y, por último, le dio, muy bien tapado, un bebezido en un vaso. ¡Por fin! Padía, calenturienta. Llegó a su casa. Tampoco se habían enterado aquella noche. Su marido estaría con la otra. Por un ligero temblor, aún agi-tada, completó el vaso con vino, pero to-davía no podría, ir la bebida hasta que le avisase la vieja: cuando el palarraco acbi-llado de alfiler, estuviese postrado. Mien-tras tanto, había de contar sus culpas a un sapo, atravesado por un palo, y que tenía metido en una gran olla de barro... Luego, bebido aquel potingue, a base de cantirri-das, el "quiso", el conjuro estaría hecho...  
De mañana ocurrió la tragedia tan co-mentada. Ella, en su aturdimiento, dejó el vaso sobre una mesa. Llegó aquel día su hermano a verla, y creyéndolo vino, apartó el vaso hasta la última gota... Todos cre-yeron que moriría. No imaginaron los co-ritantes en honor de Rea más espantosas corrientes ni espasmos. Aún se debatía en el su el oquendo espumarios, con mite-cas dilacerantes, cuando llegó el médico... Pudo salvarse; pero quedó como idiota. Só-lo raras veces se agiaba como los poseídos de que hablan los Evangelios... Y aún hubo otro final trágico: ella, loca ante su obra y la indiferencia del marido, se ahorcó en la cárcel...  
Como recuerdo del intenso drama, que-daba aquel harapo.

IV

La hora, el sitio y la grática manera de expresarse de tía Dolores, así como su voz melosa, hicieron que nos impresionase más el relato...  
Inquietos, observáramos a Tomás, que parecía escucharnos y nos miraba vidriosa-mente. Como queriéndonos apagar, chispo-troteaba la mecha cuadruple del velón. De pronto, rompiendo el silencio de la noche,

(1) "Quisar", verbo usado en Andalu-cía, como sinónimo de "Hechizar", "Em-brujar", cuando media sobre todo un bebezido.

CAPITULO IX

El cautiverio de los emperadores

Mientras la revolución se dividía y luchaba en las calles por la prepon-ferancia de unas doctrinas o de unos partidos, los ex zares continuaban en Tsarkoieselo, palacio concedido en cárcel.  
Llevaban una vida tranquila y monótona, sin otras diversiones que remover la tierra en el parque y jugar a plantaciones y cosechas. Los soldados, la mayor parte, confraternizaban con la familia imperial, pero algunos le hacían sentir la pesadumbre del cautiverio y aun llegaban a injuriarlos con alusiones al pasado a la supuesta traición a Rusia y a la admiración por Rasputín.  
—¿Por qué no viene a salvarnos Rasputín?  
—La Virubova sigue en la cárcel y vamos a fusilarla.  
—K... y muestra benévolo con vosotros, pero Lenine ya está aquí y os arreglará las cuentas.  
Los ex emperadores acogían estas diatribas y amenazas, con una firme serenidad, que en la ex emperatriz se convertía en gravedad orgullosa. Toda la energía, todo su sentido aristocrático, apareció en aquellas jornadas de tribu-lación, alentada por el recuerdo del santo padre Gregorio que, desde el cielo, seguía creyendo que los guiaba y los protegía. Por mediación de una muchacha llamada Margarita Kitrovo, llena de devoción por la familia imperial, enviaba

comunicaciones verbales a la Virubova, ya en la cárcel común, liberada de los horrores de la fortaleza de Pedro y Pablo, alentándola para que no per-diese la esperanza en días mejores. El pueblo ruso—le decía—cambiará y vol-verá a pensar en sus zares, convencido de que la revolución le ha traído más daños.  
El gobernador de Palacio lo fué al principio el coronel Korovitchenko, abogado antes de la guerra y perteneciente al partido socialista. Después le sucedió el coronel Kobylinsky, hombre comprensivo que guardaba a la familia imperial el respeto debido a unos vencidos. Pero el soviet de Tsarkoieselo, ejercía, a su vez, una autoridad sobre Palacio, a veces, superior a la del go-bernador. Inesperadamente, soldados o guardias rojos que registraban las ha-bitaciones de la familia imperial, preocupados siempre por una posible evasión. Luego dieron en buscar conductos subterráneos entre Palacio y la casita que la Virubova tenía en el parque. Ante los resultados negativos entraban en fu-ror que se traducía en ofensas y en más estrecha vigilancia, a veces grotesca.  
Un día, un automóvil chocó con la verja del parque e inmediatamente se creyó en una tentativa de evasión, estableciéndose un puesto de guardia en la brecha abierta en la verja por el automóvil. Delegados del Soviet fueron lleva-dos a Palacio, los servidores de los ex-emperadores más vigilados unas y otros más corrompidos para que actuasen de confidentes.  
Kerensky, de vez en cuando visitaba a la familia imperial. Lo que, al principio fué recelo rencoroso entre los ex-emperadores y el representante de la revolución, se fué convirtiendo en aproximación casi amistosa. Kerensky no quería ser ni sanguinario ni cruel, y una vez convencido de que el emperador no había deseado la paz separada con Alemania, y que la emperatriz no había hecho más que sufrir la influencia de Rasputín y del rasputinismo, sin realizar, personalmente, ningún trabajo de paz y menos de tracción, tendió la mano a la que para él se había convertido en una familia desventurada, víctima ella misma del régimen que representaba.  
—No estamos inquietos—le decían—porque tenemos fe en usted.  
Kerensky, oyendo esta declaración, percibió el orgullo del revolucionario que veía entregarse al zar, no por la violencia, sino por la razón y la bondad caballeresca. El zar tenía fe en él, Kerensky, cabeza visible del anti-zarismo. ¿Qué más podía ambicionar, y para qué precisaba ser cruel, ya que no se tra-taba de realizar venganzas, sino de fundar un nuevo régimen que diese a Ru-sia libertad y bienestar?  
A veces, Kerensky, preguntaba por la salud del zarevitch:  
—¿Cómo está Alexis?  
—Va mejor.  
—Me alegro. Yo también tengo hijos.